

enferma, ingrata y malévola, y su ardiente caridad acabará por ganar para Dios el alma de aquella desventurada ¹.

Ya os he hecho notar, carísimos hermanos, que esta santa veía en aquella miserable leprosa á Jesucristo, esto es, un alma redimida con su sangre y llamada á la gloria del cielo. Lo mismo debemos tambien ver y contemplar nosotros en nuestros enemigos, en los pecadores y en el prójimo, sea el que sea. Una comparacion os pondrá en claro mi pensamiento. Suponed que tengo en mis maos dos crucifijos y que el uno sea de plata y el otro de yeso ó madera. Sin duda que vosotros prefeririais el de plata, porque es de mas valor... Así nosotros hemos de amar con preferencia á los justos, porque ellos son las imágenes que tienen mas semejanza con el Salvador... Pero, ¿no seríamos unos impíos é incrédulos si hollábamos con desprecio et crucifijo de madera?... ¿No debemos tenerle igualmente veneracion? ¿No es tambien la imagen del Salvador. Asi, hermanos carísimos, hemos de estimar con amor de caridad los malos y á los mismos impíos, porque ellos tienen un alma hecha á imagen de Dios, porque Jesucristo ha muerto por redimirlos, y porque en fin pueden ellos llegar á ser nuestros compañeros, amigos y vecinos allá arriba en los cielos.

Peroracion. ¡ Dichoso, mil veces dichoso el cristiano que posee un corazon ancho, generoso y lleno de amor hacia su prójimo! ¡ Dichoso sobre todo aquel que sabe amar con amor de Caridad hasta á sus mas encarnizados enemigos! Ese tal se encuentra en el buen camino y la experiencia nos enseña, que Dios le recompensará con gracias extraordinarias su sumision á la Ley que nos manda amar hasta á nuestros enemigos. Hé aquí una prueba de ello. Un jóven caballero iba á vengar una grave injuria recibida de un enemigo suyo. Cubierto de sus armas encuentra á ese enemigo en el estrecho de un monte; el deseode venganza hierve en su corazon, saca pues su espada... ¿Y qué va hacer? Dios mio Era el día del Viernes santo, el enemigo desarmado extiende sus brazos en cruz, como para recordar mejor al Dios de misericordia, que había

1. Véase la vida de Sta. Catalina de Sena en Surio y en sus varios historiadores.

perdonado hasta sus propios verdugos. El jóven caballero se muestra indeciso; pero en fin, la gracia triunfa en su corazon, mete la espada dentro la vaina; abraza llorando á su enemigo y le perdona... Con el corazon conmovido entra en una Iglesia cercana, y la imagen de Jesucristo, desuniéndose en cierto modo de la cruz, en la cual estaba clavada, se digna hablarle, y la gracia corre á torrentes dentro de su alma... Este jóven caballero abandona entonces su vida mundana y vino á ser el santo ilustre, que la Iglesia venera bajo el nombre de S. Juan Gualberto ¹... Por consiguiente, hermanos carísimos, si nuestra caridad se muestra dilatada y generosa, si no solamente perdonamos, sino que tambien amamos á nuestros enemigos, Dios nos premiará esta Caridad, perdonándonos á su vez y amándonos con aquel amor inefable, que es causa de nuestra predestinacion... Así sea.

DÉCIMA SEPTIMA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

DECIMA QUINTA INSTRUCCION.

QUÉ DEBE EVITARSE Y QUÉ SE HA DE PRACTICAR PARA TENER LA CARIDAD.

TEXTO. — *Super omnia autem charitatem habete; quod est vinculum perfectionis.* Mas sobre todo tened caridad, que es vinculo de perfeccion.

(EPIST. AD COLOSS. C. III, V. 14.)

EXORDIO. — Hermanos míos, al hablaros de la Caridad que debemos tener, hasta con nuestros enemigos, se me pasó por alto una prueba, ó mejor dicho una comparacion que voy á daros, la que

1. Vida de S. Juan Gualberto.

sin duda contribuirá á manifestaros con mas evidencia la obligacion que tenemos de amar aun á nuestros enemigos. La Caridad, al igual que la Fé, es una virtud teologal y divina. Pues bien; para ser verdadera debe tener el carácter de universal, ni mas ni menos que la Fé. Conforme os tengo dicho, cualquiera que rehusa creer una sola de esas hermosas y santas verdades que nos enseña la Fé, deja de ser hijo de la Iglesia y es rechazado del seno de la misma; y como no ignorais, Lutero, el padre del protestantismo, fué arrancado de entre el número de los fieles, no por haber negado alguno de los misterios principales, como son la Trinidad, la Encarnacion y la Redencion, sino simplemente por haber enseñado, que la Iglesia no podía conceder Indulgencias. Y como un abismo llama otro abismo, los desgraciados protestantes, sus discípulos, han llegado hasta á no creer en Dios. Así es que la Caridad, lo mismo que la fé, debe ser universal. Por consiguiente, si aborrecemos á un solo hombre, aunque sea éste el peor de nuestros enemigos, ya no reside en nuestras almas esa hermosa virtud que se llama la Caridad. Muy pronto nuestro odio irá de aumento; Dios, que es el amor, nos abandonará; y á penas nos quedará con respecto á una porcion de nuestro prójimo el sentimiento de una afeccion puramente natural, muy semejante á la que los mismos animales sienten hacia sus cachorros... Repito, pues, hermanos carísimos, lo que deseaba deciros al comenzar, esto es, que nuestra Caridad, para ser verdadera, sincera y grata á Dios, debe ser universal.

PROPOSICION. — Siento como un pesar de haber entrado en estos detalles. Vuestra instruccion, la atencion religiosa, con que me habeis escuchado, me persuade, de que para muchos de vosotros era innecesaria esta explicacion... Paso, pues, á tratar de otro asunto; esto es me propongo explicaros los deberes, que la Caridad nos impone con respecto al prójimo.

DIVISION. — Veamos, pues; *Primero*; lo que debemos evitar, para tener Caridad con el prójimo: *Segundo*; qué cosas debemos practicar, para que esta virtud exista en nuestros corazones.

Primera parte. — ¿Qué es lo que debemos evitar?... No es nece-

sario recapacitar mucho para saberlo; una sola palabra encierra todo mi pensamiento. Para tener, pues, la Caridad con el prójimo, es necesario preservarnos del vicio ruin que se llama *envidia*.

Qué terrible y funeta es esa maldita pasion! ¡Cuán pronto mata la Caridad y á cuántos crímenes no empuja!... Dime, Cain, ¿qué vas á hacer allá en el campo? ¿qué te propones, al arrastrar tan adentro por entre las espesuras de la maleza á tu hermano Abel. ¡Ah malvado! Esas siniestras miradas que lanzas sobre él, ese palo de que vas armado, me indican con demasiada claridad tu perversa intencion. Si, una maldita pasion se ceba en tus entrañas, y no es otra que la envidia. ¡Pobre Abel! En vano amas á tu hermano, él no te ama, se ha vuelto envidioso, la Caridad se ha alejado de su corazon; ¡y quizás, mientras tu le dispensabas las mas tiernas demostraciones de fraternal cariño, él descargaba sobre tu cabeza los golpes mortales que te quitaron la vida!... Ved ahí, hermanos míos lo que es la envidia; ved ahí á qué excesos puede incitar, ved los horrores de ese vicio que nos veda la Caridad.

Otro ejemplo todavía... ya lo sabeis todos, sin embargo quiero citároslo, bien seguro de que ha de interesaros... ¿Veis á ese mancebo, que va adelantándose en medio de las vastas llanuras de la Arabia?... Es José... Su padre Jacob le ha encargado de llevar víveres á sus hermanos y de informarse de su salud... ¡Mision dulce y verdaderamente paternal!... Mas los hermanos de ese mancebo abrigan contra él un odio feroz, no le aman, le tienen envidia, le quieren mal. — Hé ahí, gritaron todos, al divisarle, he ahí el mas mimado de nuestro padre; es preciso darle muerte... Despues hallarémos un pretexto, para disculparnos. — José es despojado enseguida de sus vestiduras, arrojado vivo en una cisterna seca, y luego vendido como esclavo á unos negociantes extranjeros que por casualidad estaban pasando... Ved ahí tambien los terribles efectos del odio, de la envidia y del rencor; porque todas estas malditas pasiones se unen de una manera tan íntima, que es difícil precisar el matiz que las distingue.

Y si os condujese, hermanos míos, delante de esas sesiones so-

lemnes de la justicia humana que celebran las Audiencias, veríais que la mitad de las muertes y asesinatos que se cometen cada año, son inspirados por esa pasión sombría que se llama la envidia... Pero no vayamos tan lejos. Digamos simplemente, que la Caridad del prójimo nos prohíbe los juicios temerarios, la maledicencia, la calumnia y detraccion, que son los principales hijos de la envidia...

Los juicios temerarios... El juzgar mal y sin motivos suficientes de la conducta del prójimo; ¡ cuán comun es este vicio! ¡ Cuántas veces es eso un pecado grave!... ¡ Y lo mas triste es, que este pecado pasa casi siempre sin descubrirse ó es mal acusado en nuestras confesiones!... « S. Pablo dice: « La Caridad no piensa mal. » Y nosotros casi siempre pensamos mal acerca de nuestro prójimo. ¡ Ah! hermanos carísimos, de ese enemigo que tenemos, de esos que nos disgustan, juzguemos tan favorablemente, que podamos, revistámonos de mansedumbre é indulgencia para con ellos, y tendremos Caridad... Una vez fué llamado uno de los Padres del yermo, el santo Abad Moisés, para emitir su parecer sobre la conducta de un religioso gravemente comprometido... Por de pronto él se negó á ello; pero forzado á aceptar ese oficio, se presenta cargado con un saco lleno de gruesa arena. ¿ qué pretendéis con eso? le dicen... Escuchad y ponderad bien su respuesta. — Lo que llevo, dice él, son mis propios pecados que no sé ver, y ¿ que-reis, que ose juzgar y condenar á los demás?... ¿ Veis tambien á ese fariseo, de quien nos habla el Evangelio?... Pobre publicano, en vano golpeas tu pecho, diciendo: ¡ Dios mío, sed propicio á este pobre pecador! El Fariseo está allí en pié delante del altar. ¡ qué orgulloso! ¡ ¿ oyes como se atreve á decir al mismo Dios: Os doy gracias, porque no soy como ese hombre?... Ya sabeis la sentencia que pronunció el mismo Salvador contra una tal conducta, y como el fariseo que se permitió juzgar temerariamente al pobre publicano, salió del templo mas culpable, mientras el publicano salía justificado...

4. Vida de los Padres del Yermo.

Otro mandamiento me dará ocasion de hablaros de la maledicencia, de la calumnia y de otros vicios, opuestos á la virtud de la Caridad; pero, ya que he hablado de esos juicios temerarios é injustos, inspirados por el odio y la envidia, ó por no sé que ligereza de espíritu, inherente á nuestra estragada naturaleza, quiero todavía añadir algunas palabras sobre eso mismo... Mirad á esa mujer prosternada á los piés de Jesús, ungiéndolos con aromas y rociándolos con sus lágrimas. Escuchad lo que dicen los espectadores: Es una mujer escandalosa. ¿ Y quién sabe?... ¡ Acaso el mismo Jesucristo, la Santidad, la Sabiduría encarnada no estaba al abrigo de las sospechas de aquellos!... ¡ Malévolos! bien sabeis lo que el Señor os dijo... Sta. María Magdalena está en el cielo; y vosotros, jueces orgullosos de vuestro prójimo. ¿ á donde habeis parado? *No lo sé...* Digo de intento esta palabra. Quisiera haceros entender como la Iglesia, nuestra madre, buena é indulgente, como su divino fundador, no se permite, aparte de las revelaciones contenidas en la sagrada Escritura, no se permite, repito, pronunciarse ó declararse sobre la suerte eterna, aun de los mas malos, dándonos el consuelo de poder rogar por los pobres pecadores que la muerte ha sorprendido, y dejándonos esperar, que quizás Dios les habrá juzgado con misericordia... ¡ Qué bondad maternal; y como condena ella esa funesta propension, que tenemos de injuriar á nuestro prójimo con juicios temerarios é inmotivados!

Segunda parte. — Veamos ahora algunos de los deberes, que nos impone la Caridad con el prójimo. No os hablaré de la limosna, ni de las obras de misericordia que tenemos obligacion de ejercitar en favor del prójimo; esto me llevaría demasiado lejos, y no pretendo ser largo... Me detendré, pues, en estos dos pensamientos; primero la Caridad debe producir en nosotros la concordia y union; segundo: ella debe hacernos soportar con indulgencia los defectos de los demás.

Pero, hermanos carísimos, el amor del prójimo ya importa de suyo la paz del corazón, el gozo, la concordia y la union... ¿ Veis esta Iglesia? Pues para construirla han sido necesarias piedras de varias clases, cal, cemento, y ¿ qué sé yo? La armadura que la

cubre es de madera, y ¿ son tejas ó pizarra lo que forma su tejado ? poco importa. Podría hablaros del campanario y deciros, que es de hierro la cruz que lo corona. Dejemos aparte el zinc y el plomo que es maltan ciertos lados ; y permitidme ir derecho á mi objeto, cual es mostraros como esos materiales tan diversos y, bajo cierto aspecto, tan opuestos, concurren á formar el bello edificio, en que nos hallamos actualmente reunidos. Si esos materiales estuviesen desunidos, si las piedras no fuesen enlazadas, si hubiera hendiduras en la bóveda ó grietas en los muros y pilares, el edificio amenazaría ruina, perdería su hermosura y nosotros entraríamos en él temblando. Lo mismo sucede con esta hermosa virtud de la Caridad ; y no soy yo, sino el mismo S. Augustin quien lo dice : « Si no teneis caridad sois esos paredones decrepitos de una casucha arruinada ; vuestras divisiones y antipatías os destrozan y vienen á ser como las grietas que aparecen en un magnífico edificio. »

Nuestro divino Salvador no se contentó con darnos un precepto nuevo al mandar, que nos amásemos los unos á los otros ; sino que fué mas lejos, si hemos de creer al apóstol S. Juan : « Padre santo, dijo Jesús, haced que mis discípulos, que los que crean en mí, estén unidos y sean una misma cosa, como lo somos nosotros, *unum sint sicut et nos* ¹. » Decidme, pues, ¿ no quería el la union y la concordia, pues de tal suerte la mandó y rogó para que existiese entre nosotros ?...

Y este es, en efecto, una de las señales mas ciertas de la Caridad... Pues ¿ no se decía de los primeros cristianos : « Ved como se aman ? » Convendría, hermanos carísimos que lo mismo pudiera afirmarse de nosotros. S. Juan (Climaco, despues de haber visitado algunos monasterios situados cerca de Alejandria, escribía ² estas palabras : « Lo que me ha admirado es la union, la concordia que reina entre los religiosos. » — ¡ Mas, al fin, estaban allí á millares, y en verdad que las miserias de la naturaleza humana no ha-

1. Joannis, xvii, 22, et passim.

2. Gradus, 4.

bían desaparecido del todo, y alguna querella debía suscitarse entre ellos ! — « Realmente, contesta el santo, y el primero que se apercibía de ello, la apaciguaba á la menor señal ; y si un signo no bastaba poníase de rodillas ante los dos hermanos y los reconciliaba. » — ¡ Qué ejemplo, hermanos carísimos, y cuánto debe humillarnos ! En lugar de mantener esta unión, esta concordia entre nuestros hermanos, ¿ no hemos sido muchas veces hachones de discordia, y no hemos atizado el fuego que debíamos apagar ? Pues en este caso no era ciertamente el espíritu de Caridad el que nos animaba, pues este espíritu procura la concordia, la paz y la union de los corazones...

He añadido, que el amor del prójimo nos hacía soportar sus defectos, sin quejarnos ni irritarnos. ¡ Cuan cierto es eso ! y así debiera ser. Dicese, que, al viajar las grullas, cuando la primera está cansada, va á ocupar el último sitio, y que, apoyándose las unas á las otras y ayudándose mutuamente, esas aves pasajeras pueden recorrer inmensos espacios. Así tambien, hermanos carísimos, amándonos los unos á los otros, podremos tambien nosotros, cual aves pasajeras sobre la tierra, recorrer el espacio que nos separa del cielo.

En cuanto á defectos... ; si todos los tenemos ! Aquel de entre nosotros, y comenzando por mí mismo, que dijese, que no tiene defectos, segun el apóstol S. Juan, sería un mentiroso y la verdad no estaría en él ¹. Mas grave sería aun, añade el mismo Apóstol, si con la pretension de ser justo y perfecto juntara el odio contra su prójimo. ² ¡ Cómo ! Somos cristianos y discípulos de Jesucristo ¿ y no tendríamos valor para soportar en aquellos que nos rodean, ciertas miserias que nos repugnan, ó algunos defectos que nos molestan y contrarían ? Venid, pues, ó dulcísimo Salvador, á darnos un ejemplo que pueda no sólo instruirnos, sino tambien sostenernos y esforzarnos. ¡ Ah y cómo se ha dignado darnos este ejemplo ! Santiago y S. Juan, estimulados por el orgullo, hacen pedir á su Maestro

1. *Mendax est, et in hoc veritas non est.* I Joan. ii, 4.

2. *Si... et fratrem suum oderit, mendax est.* (I Joan. iv, 20).

los mejores puestos al lado del mismo. S. Pedro va á negarle ; Judas le hará traicion ; ¡ ved que clase de hombres le rodean ! ¿ Con qué inefable mansedumbre los reprende y corrige sus defectos ! Estimados discípulos de nuestro buen Salvador, vosotros seréis elegidos y predestinados, sólo perecerá el traidor, aunque no le habrán faltado amorosas advertencias y suaves invitaciones al arrepentimiento... ¿ Qué ejemplo, hermanos carísimos, podría enseñarnos mejor á soportar los defectos de nuestro prójimo ? ¿ Y por ventura no tenemos todos nuestros defectos, como os decía antes ? ¡ Vaya ! si los tenemos ; y si la Caridad vive en nosotros soportaremos los de los demás y aun excusaremos, como deseamos que se nos excuse y se oporte los nuestros. Felices seríamos, si por medio de esta indulgencia, fundada en la Caridad, pudiésemos ganar para Dios el alma de nuestro prójimo. ¿ Y porqué no ?... Eso ha sucedido, y se realizará sin duda en adelante, porque, gracias á Dios, no faltan todavía en muchas partes almas generosas, que están animadas de verdadera caridad para con el prójimo.

PERORACION. — Si eso se ha visto y ha sucedido ; y me afirmo en ello. Y sino, ahrid *la vida de los santos*, y á cada paso hallaréis ejemplos de esta verdad, y entre muchos que podría citaros, me contentaré con referiros uno solo... pero ¿ uno solo ?... no sería suficiente. Mirad á sta. Mónica, la que obtuvo la conversion de su esposo colérico y pagano... Considerad á Sta. Isabel, reina de Portugal, pidiendo á Dios la conversion del rey Dionisio, su esposo, reclamando á lo menos una muerte cristiana para este hombre celoso y mereciendo ser escuchada por Dios. Digamos tambien que S. Francisco de Sales obtuvo con su mansedumbre la conversion de un calumniador... De buena gana le diría yo al santo : cosa dura es el perdonar á los que os ultrajan y derraman en cuanto es de su parte la injuria y la calumnia sobre vos. Pero ya sé, que el me contestaría y diría : que es cosa hermosa imitar al divino Salvador y el ser, como El, manso, indulgente y fácil en perdonar... ¡ Pobre prójimo, añadiría el santo con su corazon tan bondadoso, cuán caro debe sernos, pues Jesucristo le ha amado tanto ! Despues me presentaría á sus enemigos y calumniadores,

y á aquellos hombres, cuyas injurias soportó con tan admirable paciencia, vencidos por su mansedumbre, y viniendo á arrodillarse á sus piés, para recabar la absolucion de sus pecados.¹ O amable santo, ¡ cuántas almas ganasteis para Dios con esa inefable dulzura, que tanto os caracteriza ! ¡ Ojalá que todos supiésemos imitaros, amando á nuestro prójimo con el mas tierno amor, perdonando á nuestros enemigos, dando á todos ejemplo de union y concordia, soportando con mansedumbre los defectos y flaquezas de los que nos rodean ; y logrando por último dejar, como vos, acá en la tierra una memoria digna de bendicion, y sobre todo ser colocados á vuestro lado allá en el cielo... Así sea...

DECIMA OCTAVA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

DÉCIMA SEXTA INSTRUCCION.

LA CARIDAD PARA CON EL PROJIMO MODERA NUESTRAS CONVERSACIONES ; ELLA NOS INSPIRA LA MODESTIA, Y NOS PRESERVA DE LA VANIDAD.

TEXTO. — *Super omnia autem charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.* Mas sobre todo tened caridad, que es vínculo de perfeccion.

(EPIST. AD COLOSS. III, 14).

EXORDIO. — Hermanos carísimos, ¿ os ha sucedido alguna vez, viajando, tener que recorrer una senda toda salpicada de colinas ?... El camino os sería sin duda agradable, y sin dejar de querer llegar al término propuesto, habriais deseado de algun modo que

1. Véase la vida del Santo, y el Espiritu de S. Francisco de Sales por el Obispo de Belly.